

DE BUENAS LETRAS

Borges: el comercio de la poesía

ANTONIO CHICHARRO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Revisitar a poetas cuya obra dejó una experiencia lectora nunca olvidada ni concluida es siempre una celebración y aún más cuando se trata de la de Jorge Luis Borges. Así, pues, irme a la nombrada playa 'Obra poética (1923-1985)' es lo que he hecho durante unos días de este verano, por lo que vengo a escribir del «comercio» con sus ideas sobre la poesía, dejando de lado al otro Borges, el de la deslumbrante e inagotable ficción narrativa.

El libro, en edición del autor, reúne sus trece poemarios, tras un breve prólogo general más los otros puestos en su día a cada uno de los mismos, además de tan oportunas como escasas notas, con los que administra al lector –según él, colaborador necesario, si no cómplice en la lectura– el cuentagotas de ciertas informaciones, al

tiempo que le provee las cartas de navegación que suponen sus ideas sobre la poesía por si éste quiere tenerlas en cuenta. En este sentido, éstas son algunas de las que ofrece: la primera, no novedosa, como afirma, que la poesía no está en la partitura textual sino cuando se escribe o se lee, en este caso en «el comercio del poema con el lector», con lo que distingue entre texto y hecho estético; la segunda, que los artificios son el modo como la literatura impone su magia –pone de logrado ejemplo el hexámetro de la 'Eneida', «Ibant obscuri sola sub nocte per umbram [Iban oscuros bajo la solitaria noche por la sombra]–, con los que negocia el lector al reconocerlos o desdeñarlos; y la tercera, que toda poesía es misteriosa, incluso para el propio poeta que ni siquiera sabe del todo lo que le ha sido dado

escribir, lo que le lleva a poner en suspenso el arte comprometido. Un poema supone, además, para quien lo escribe, ensayar una magia cuyo instrumento es la misteriosa y simbólica lengua sometida a fines musicales.

El escritor argentino, tras mostrarse descreído tanto del éxito como del fracaso, así como de las escuelas literarias, defiende una idea de la poesía como don y como actividad intelectual. Aboga también por la «modesta y secreta complejidad» frente a la sencillez, que no es nada, y reflexiona sobre la íntima emoción estética, suscitada por un hecho cualquiera, y la capacidad del poeta de proyectar esa emoción en una fábula o en una cadencia con la materia que suministra una lengua.

Siguió luego la navegación por su poesía, viaje del que no cabe ahora hablar.